

BIOGRAFIAS PARA NIÑOS

Francisco

Villa



I
F1234 .5V55
I6
(3400)
BIB. NO. 1

F1230
L91



Francisco

Villa

0363

S
F12345
26
PM-3900



Francisco Villa

AÑO DE 1878

Allá en el estado de Durango, al norte de la República Mexicana, se encuentra enclavado el rancho Río Grande, cerca de San Juan del Río.

En ese lugar, el cinco de junio de 1878, nació un niño, hijo del matrimonio formado por don Agustín Arango y por doña Micaela Arámbula, el cual recibió el nombre de Doroteo. Su llegada al mundo no fue muy halagadora, ya que sus padres padecían una difícil situación económica.

Su infancia estuvo llena de privaciones. Doroteo no tuvo las oportunidades de otros niños

Secretario de Gobernación
Lic. Manuel Bartlett Díaz

Subsecretario de Gobernación
Dr. Fernando Pérez Correa

Patronato del INEHRM
Dr. Juan Rebolledo Gout (vocal ejecutivo)
Lic. Florencio Barrera Fuentes
Sr. Mauricio Magdaleno
Profr. Jesús Romero Flores

de jugar y divertirse sin preocuparse de nada, ya que tuvo que trabajar desde pequeño para ayudar al mantenimiento de su casa.

Aunado a esto, sobrevino la muerte de su padre, por lo que la situación fue más difícil para doña Micaela y para sus hijos Doroteo, Antonio, Martina, Hipólito y Anita.

Doroteo siempre trabajó duro y con mucho entusiasmo, haciéndose fuerte y vigoroso. Se empleó en lo que pudo: como albañil, como leñador y, sobre todo, como agricultor.

El campo y el trabajo fueron para él la escuela donde aprendió todo lo que podía necesitar para vivir. Poco después de la muerte del padre, la familia Arango se trasladó a un rancho, a trabajar la tierra como medieros, es decir, que la mitad de lo que cosecharan iría a parar a las manos del dueño de la tierra y la otra mitad sería para ellos.

—LA HUIDA—

Cuando transcurría la primavera de 1895 la gran propiedad agrícola



conocida como Santa Isabel de Barros en Durango se encontraba en plena actividad. Ese año había sido generoso con la cosecha; los carros tirados por caballos o bueyes no cesaban de ir y venir llevando granos para almacenarlos.

En todos los ranchos de la hacienda los hombres trabajaban arduamente la tierra durante largas jornadas que les impedían ir a sus casas hasta que terminaran sus labores. Las mujeres ayudaban llevando canastas con comida para sus hijos, sus esposos o sus hermanos.

Doroteo y Antonio trabajaban cortando trigo; Martina, su hermana, era la encargada de llevarles la comida al campo. Un día en que Martina, como siempre, llevaba a sus hermanos la comida, se cruzó en el camino del dueño de la hacienda. Éste se fijó en ella y sin ningún respeto por el hogar de los Arango se presentó en la casa de Doroteo con la intención de secuestrar a su hermana; para esta acción aprovechó la hora en que los hombres se encontraban en el campo.

Al enterarse Doroteo de lo que había sucedido, fue en busca del agresor de su familia y se enfrentó a él, hiriéndolo en una pierna.

Dándose cuenta de que un hombre como el hacendado de Santa Isabel no se iba a quedar





con los brazos cruzados, Doroteo decidió huir de ese lugar antes de que llegaran a buscarlo para darle muerte.

No podía esperar justicia. No podía alegar que sólo había defendido a su familia, cuando su atacante era uno de los hombres más ricos y poderosos de la región.

—NACE PANCHO VILLA—

Antes de marcharse, Doroteo se despidió de su madre y de sus hermanos, recomendándoles que se fueran a vivir a otro lugar, pues la venganza del patrón podía recaer sobre ellos.

El futuro del joven Doroteo, quien todavía no cumplía los 17 años, se volvía incierto y peligroso. La sierra era su única salida; ahí nadie podría encontrarlo.

En la sierra logró sobrevivir gracias a su audacia e inteligencia, comiendo raíces y hierbas, a veces algo de carne de algún animal que lograba cazar. Dormía en el bosque o en cuevas.

Las experiencias aprendidas en la sierra serían utilizadas más tarde en sus campañas militares.

Al paso del tiempo, Doroteo se encontró con otros hombres que como él huían de leyes injustas; vio por primera vez a personas que sentían lo que él: la importancia y la rabia ante la injusticia.

En esta época conoció a Tomás Urbina, quien más tarde se distinguiría como general revolucionario; a Manuel Vaca y a un hombre llamado Pancho Villa, célebre por sus correrías en Chihuahua, al mando de Ignacio Parra.

El grupo de Parra, al que se unió Doroteo, se dedicaba a recoger el ganado que pastaba libremente en la serranía de Durango y en Chihuahua. Sin embargo, muchos hacendados reclamaban como suyo todo animal que pisara sus propiedades de la sierra. Consideraban como ladrón a aquel que osara llevarse un animal; era perseguido por la policía rural y por el ejército.

En una de esas persecuciones, el grupo de Parra fue alcanzado, y éste resultó muerto. Entonces tomó su lugar Villa, quien a su vez murió en el siguiente enfrentamiento con el ejército.



Fue entonces cuando Arango tomó el mando del grupo y decidió adoptar el nombre de Francisco Villa. Los demás miembros de la banda aprobaron esta decisión, pues Doroteo había demostrado valentía en las balaceras contra el ejército, así como un buen manejo de la pistola y del caballo.

—PANCHO VILLA—

Ya como Pancho Villa, Doroteo afianzó su carácter desconfiado. La violencia fue el único camino que le había dejado el mundo.

Sin embargo, Villa era un hombre de palabra y respetaba la amistad, siempre y cuando no se le traicionara. Esas eran las dos caras de su personalidad: era violento con sus enemigos y respetuoso y agradecido con sus amigos.

Villa siempre se preocupó por el bienestar de su madre, a pesar de que ella no entendía su forma de vida y constantemente le reprochaba:

—Hijo, el dinero que me envías no es bueno,



no lo has ganado honradamente —dijo doña Micaela.

—Madre, no hable de eso —contestó Villa.

—Tengo que hacerlo —respondió doña Micaela—, porque me da mucho remordimiento el tener esa clase de dinero.

—¿Y cree que a mí me da mucho gusto?

—comentaba amargamente Villa.

—Es que si quisieras cambiar. . .

—Yo soy un hombre que seguramente nació para sufrir —contestó Villa—. Eso es lo único que se me ofrece; mis enemigos me persiguen y usted sabe de dónde arrancan mis sufrimientos.

Villa quiso mucho a su madre. Cuando en 1900 ésta cayó enferma y murió, Francisco lo sintió mucho y fue mayor su tristeza cuando no pudo asistir al funeral. Siempre recordó lo que había platicado con ella, pero la vida para él parecía no cambiar.

—CON MADERO—

Francisco Villa acostumbraba hacer escapadas a Chihuahua, donde platicaba con algunos amigos que tenía en la ciudad. En una ocasión conoció a Abraham González, quien lo haría cambiar de vida ya que lo convenció para que se interesara por la causa revolucionaria.

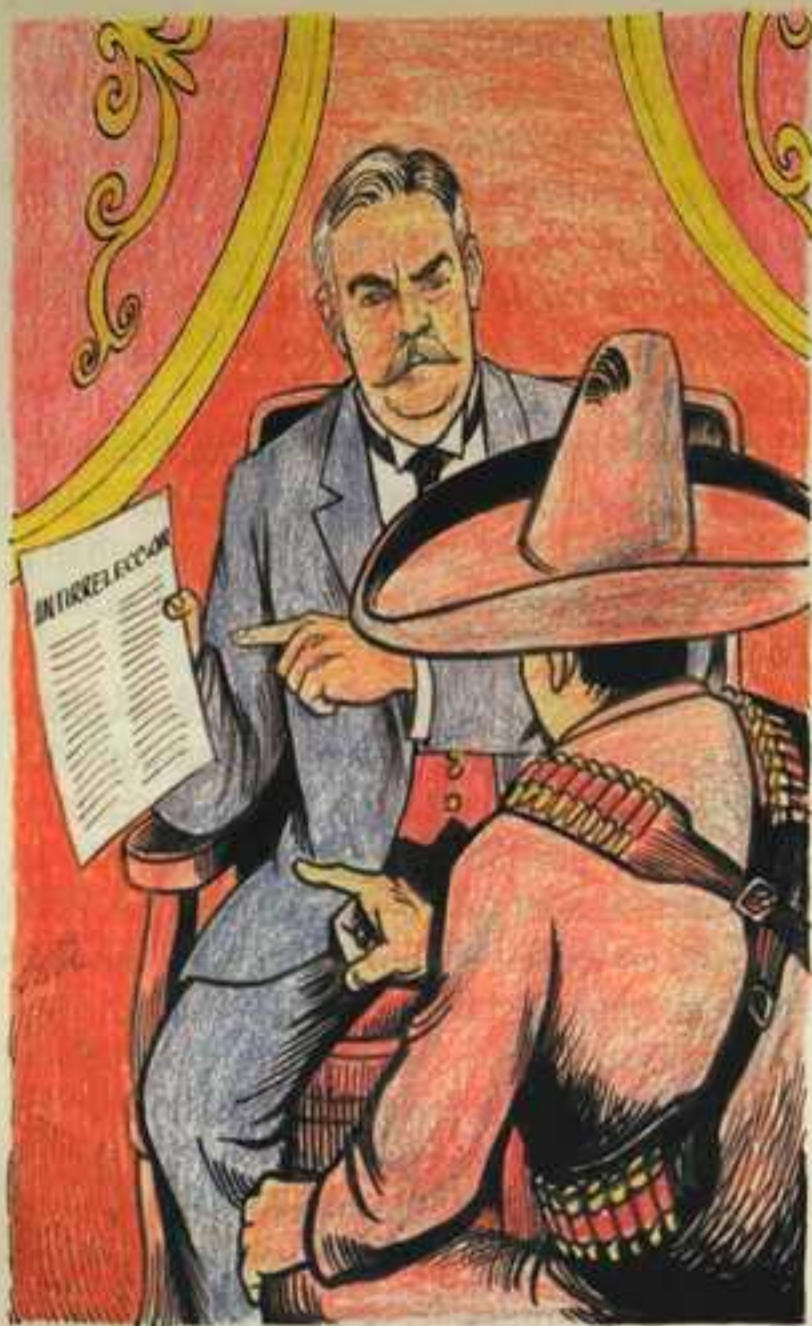
Don Abraham de inmediato se interesó por Villa, a quien su recia figura, sus ropas estilo charro, sus cananas llenas de balas y cruzándole

el pecho, lo hacían un tipo interesante. Pero lo que más le interesó a Abraham González de Villa fue su condición de perseguido por el gobierno. Ambos hombres muy pronto entraron en confianza. Realizaban largas pláticas en las que Villa fue conociendo los ideales de la causa maderista, de la que González era líder en el estado.

Fue a lo largo de estas conversaciones cuando Villa se dio cuenta de cómo un gobierno injusto obligaba a hombres que, como él, se negaban a ser víctimas de la injusticia, a tomar el camino de las armas.

Corría el año de 1910, Francisco I. Madero iba por todo el país para ganar votos que pudieran terminar con más de treinta años del régimen encabezado por Porfirio Díaz. Pero éste lo mandó encarcelar para evitar que estuviera libre durante las elecciones. Sin embargo, Madero logró escapar hacia los Estados Unidos. Ahi proclamó su Plan de San Luis, que anunciaba el levantamiento en armas contra la reelección de Díaz.

En Chihuahua, Villa secundó el plan, lo mismo que Pascual Orozco, bajo la dirección de Abraham González. Ambos se destacaron



como buenos jefes militares y ayudaron a triunfar al maderismo en el campo militar.

Con la toma de Ciudad Juárez, Porfirio Díaz se vio obligado a renunciar a la presidencia y a abandonar el país.

Se celebraron elecciones, las cuales fueron ganadas limpiamente por Madero. Éste fue declarado nuevo presidente de la República. A Villa, en reconocimiento a los servicios prestados, se le dio el nombramiento de coronel del ejército. Él decidió instalarse en la ciudad de Chihuahua como carnicero. Su vida de fugitivo ya había terminado; se le reconocía como un hombre honesto, dedicado a trabajar tranquilamente.

Sin embargo, el destino no quiso que Pancho Villa fuera comerciante para toda su vida. En 1912, Pascual Orozco se levantó en armas contra el gobierno de Madero; Villa, leal al presidente, volvió a las armas para combatir a los rebeldes; pero el empuje de éstos hizo trizas las defensas de Villa.

El presidente Madero nombró a Victoriano Huerta para que encabezara las fuerzas del ejército que habrían de luchar en contra de los orozquistas. Villa habló con el presidente Madero para ponerse a sus órdenes y éste lo mandó con



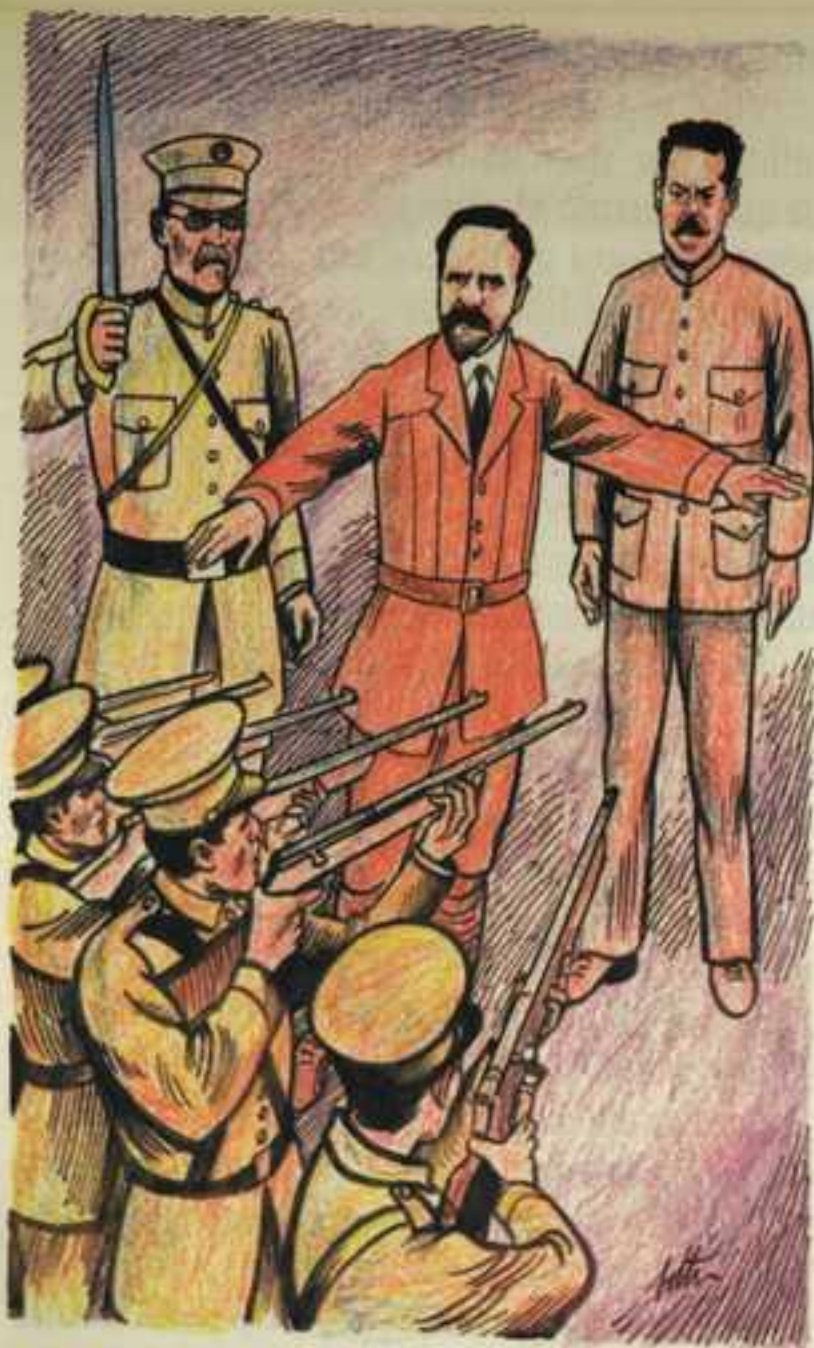
Huerta para que lo apoyara.

Villa se volvió a distinguir en la campaña militar por su valentía y su coraje, al grado de que el mismo Madero fue quien le extendió el nombramiento de general brigadier, pero con el carácter de honorario, para no molestar a los militares de carrera que lo menospreciaban por su antigua condición de bandolero.

A Huerta no le agradaba la presencia de Villa, éste le correspondía de igual forma. En cierta ocasión, Huerta aprovechó que Villa tomó un caballo para declararlo en rebeldía contra un superior. El pelotón de fusilamiento estaba listo para acabar con Villa, pero la intervención oportuna del presidente Madero impidió que Huerta llevara a cabo sus propósitos.

A cambio, Villa fue trasladado a la prisión militar de Santiago Tlatelolco en la ciudad de México, en donde contó con toda clase de consideraciones, gracias al presidente Madero. Se le trataba según su grado de general y muy pronto entabló amistad con sus guardias.

En la soledad de la celda, rota de vez en cuando por alguna conversación con otro preso o algún guardia, Villa aprendió a leer y a escribir. Se preparó lo más que pudo y esperó pacientemente



a salir de prisión.

Como su ansiada libertad no llegaba, Villa —luego de cinco meses de prisión— empezó a preparar su fuga. Entonces, con ayuda del guardia Carlos Jáuregui, logró escapar de su cautiverio en el mes de diciembre de 1912; huyó hacia el norte y se instaló en El Paso, Texas.

—LA DIVISIÓN DEL NORTE—

En febrero de 1913, el presidente Madero y el vicepresidente Pino Suárez fueron obligados a renunciar, y más tarde fueron asesinados. Poco tiempo después, Abraham González corría la misma suerte en Chihuahua. Esas muertes fueron un duro golpe para Villa, pues eran personas a las que estimaba de verdad.

Indignado, Villa decidió volver a Chihuahua para combatir a Victoriano Huerta, quien se había apoderado del gobierno. Cruzó el río Bravo acompañado de ocho hombres que le ayudaron a formar lo que más tarde se conocería

como la División del Norte.

Los comienzos de la División del Norte no fueron fáciles: con un rifle 30-30, un poco de azúcar, café y sal, y con quinientas balas por hombre era todo con lo que contaba Villa cuando regresó a México. Sólo tenían dos caballos, por lo cual era difícil avanzar en el desierto de Chihuahua. Sin embargo, se recuperaron de la fatiga, el hambre y la sed cuando llegaron a la Hacienda del Carmen, donde se instalaron.

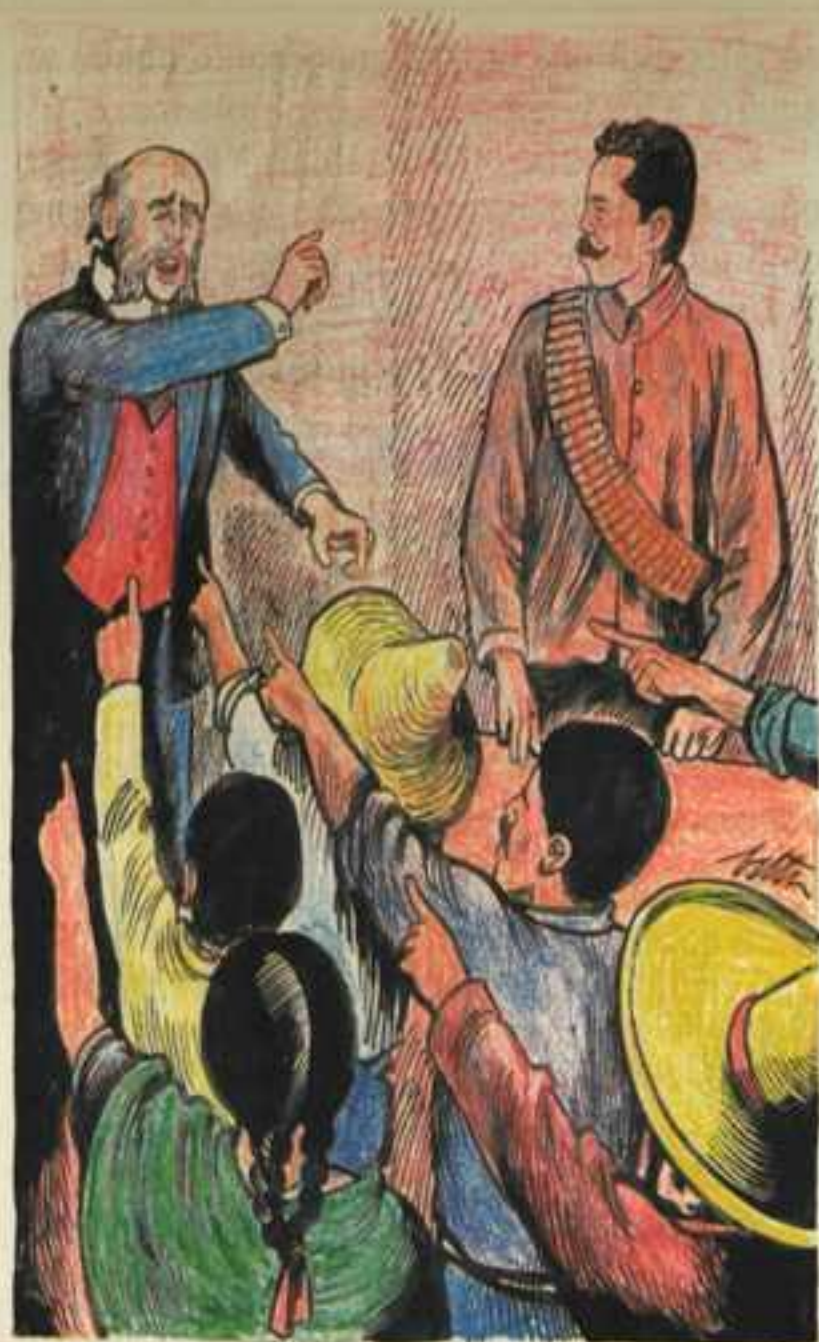
Ya en la hacienda, Villa mandó traer a su presencia al administrador del lugar, así como a todos los peones. Empezó a interrogar a éstos para ver si tenían alguna queja contra el patrón o los capataces:

—A ver —dijo Villa, dirigiéndose a los peones—, nosotros estamos aquí para ver que se les haga justicia. Si este señor —señalando al administrador— les ha hecho algún mal, díganlo para poder remediarlo.

El más anciano de todos respondió:

—El patrón es un hombre malo, que manda azotar a cualquier peón por alguna falta en el trabajo.

—¡Sí, es cierto! —gritaron los otros, para reafirmar lo dicho por el viejo. Atrás de los



corrales está una cruz de manzanillo donde se amarra a los hombres para ser azotados.

—A mí, —dijo otro hombre a Villa— desde que me acuerdo estoy pagando una deuda que dejó mi viejo y todavía no la puedo liquidar. Trabajo casi todo el día. El patrón me dice que mientras no pague no puedo abandonar la hacienda.

—Y no es sólo él, don Pancho —comentó una señora con un niño en los brazos—. Mi esposo y sus hermanos están igual.

—También molesta a nuestras mujeres —volvió a tomar la palabra el viejo—. No le importa que sean casadas o solteras.

El semblante de Villa se endureció al oír estas quejas. Mirando al administrador con furia, le dijo:

—¿Es cierto todo esto? —mientras el acusado se quedaba sin saber qué decir.

—¡Conteste! —gritó Villa.

—Sí, señor —alcanzó a balbucear el administrador.

Villa paseó la mirada por los peones reunidos, quienes se encontraban expectantes, y luego dijo con voz seca, fría:

—En nombre de la revolución, digo que este hombre es un traidor a la patria y que no merece vivir.

En seguida, Villa mandó quemar los libros de cuentas de la hacienda; entregó a los peones las llaves de las bodegas y trojes; les dijo que tomaran todo lo que necesitaran de ahí, pues eso era producto de su trabajo y se lo tenían bien ganado.

A la mañana siguiente, cuando Villa y su gente se retiraban del lugar, un grupo de hombres se les acercó y les dijo que estaba dispuesto a irse con ellos a pelear, mientras que los demás lo bendecían diciendo:

—¡Viva Villa y que Dios lo proteja!

Fue con ese tipo de acciones como la popularidad de Pancho Villa creció, y con ella el deseo de muchos hombres de unirse a sus fuerzas. Era visto como un símbolo contra la injusticia de los ricos. Individualmente o en grupos, los campesinos del norte fueron conformando la fuerza de la División del Norte.



A los dos meses de iniciada la lucha contra Huerta, Villa había reconocido a Venustiano Carranza como Primer Jefe de la Revolución y con un contingente de tres mil hombres inició su larga cadena de victorias sobre las tropas federales.

Aunque nunca tuvo estudios formales sobre tácticas de guerra, Villa se mostró siempre como un jefe audaz y muy práctico. Conjugaba la valentía con los movimientos rápidos para caer por sorpresa al enemigo; cuando menos lo esperaban, Villa atacaba.

Un ejemplo claro de la audacia con que conducía Villa a sus tropas es la toma de Ciudad Juárez. Al atacar la ciudad, se encontró con el problema de que no tenía los suficientes trenes para transportar a sus tropas, a pesar de haber capturado uno al enemigo.

El genio de Villa encontró la solución al problema. Telegrafió a Ciudad Juárez como si fuera el comandante del tren capturado:

—Locomotora descompuesta en Moctezuma. Envíe otra y cinco carros más.

El general Castro, ajeno a la maniobra, envió



el tren con los carros. Luego Villa contestó:

—Alambres cortados entre Chihuahua y este lugar. Se aproxima gran núcleo de fuerzas rebeldes por el sur. ¿Qué debo hacer?

—Vuélvase inmediatamente —contestó Castro.

Villa se encaminó hacia Ciudad Juárez, parando en cada estación a telegrafiar lo que pasaba. Los telegramas llegaban a Castro sin que

éste sospechara nada. Cuando los trenes llegaron a la estación, la sorprendida guarnición militar se tuvo que rendir a los villistas sin oponer resistencia. Así, con acciones temerarias y de mucha imaginación, la División del Norte se convirtió en un verdadero azote para el enemigo huertista.

En Bustillos, Casas Grandes, Torreón, Gómez Palacio, Ojinaga, Saltillo y muchos otros lugares más, las tropas de Villa obtuvieron la victoria asegurando estas ciudades para la causa revolucionaria.

—VILLA, GOBERNADOR—

En diciembre de 1913, Villa regresó a la capital del estado de Chihuahua para tomar posesión del cargo de gobernador militar.

Pancho Villa iniciaba sus actividades a las ocho treinta en punto; llegaba al palacio de gobierno y se ponía a atender los asuntos del estado. Un

equipo de auxiliares lo ayudaba a tomar las decisiones más importantes, aunque siempre era él quien decía la última palabra.

Al darse cuenta de que había muy poco dinero circulando en Chihuahua, Villa emitió un decreto por medio del cual se creaba un banco estatal que tendría la facultad de emitir dinero para que ayudara a agilizar el comercio, pues de mantenerse esta situación los comerciantes dejarían de vender y con ello el pueblo pasaría hambre.

El ejército se dedicó a trabajar en obras de beneficio colectivo. Los soldados se encargaron de la seguridad pública. Conducían los tranvías y vigilaban las estaciones de electricidad para evitar cualquier sabotaje. También se encargaban del rastro para vender la carne a precios bajos.

Para Villa, un soldado ocioso era un peligro; por eso los ponía a trabajar. Estableció la pena de muerte para cualquier militar que escandalizara y molestara a la población civil; mandó clausurar las cantinas y las casas de juego y en su lugar se establecieron escuelas, que eran su gran pasión. Creía que con ellas y con la tierra el pueblo resolvería todos sus problemas. Con frecuencia se le oía decir:

—Cuando pasé por la mañana por tal y tal

calle, vi un grupo de niños. Pongamos ahí una escuela.

El gobierno de Villa duró poco tiempo, pero fue mucho lo que hizo. Fue el primero en establecer, en nombre de la Revolución, un sistema de pensiones para las viudas y los huérfanos con el dinero de los bienes expropiados a los enemigos de la Revolución. Y, lo más sobresaliente, repartió tierras a los campesinos.

Sin embargo, no todo era arreglar asuntos en el palacio de gobierno. A Villa le gustaba ir por las tardes a ver las peleas de gallos y las corridas de toros en las que, de vez en cuando, tomaba parte.

Por la noche, cuando había la ocasión, bailaba. Era una de las cosas que más le gustaban. Un día, en la fiesta del casamiento de uno de sus compadres, Villa bailó y bailó durante toda la noche. Al día siguiente todavía se encontraba con ánimos para hacerlo, y siguió así hasta el anochecer, cuando dejó de hacerlo fue porque lo llamaban a un asunto importante.

Por órdenes del Primer Jefe tuvo que dejar la gubernatura en manos de Manuel Chao, ya que los asuntos militares requerían de su presencia.

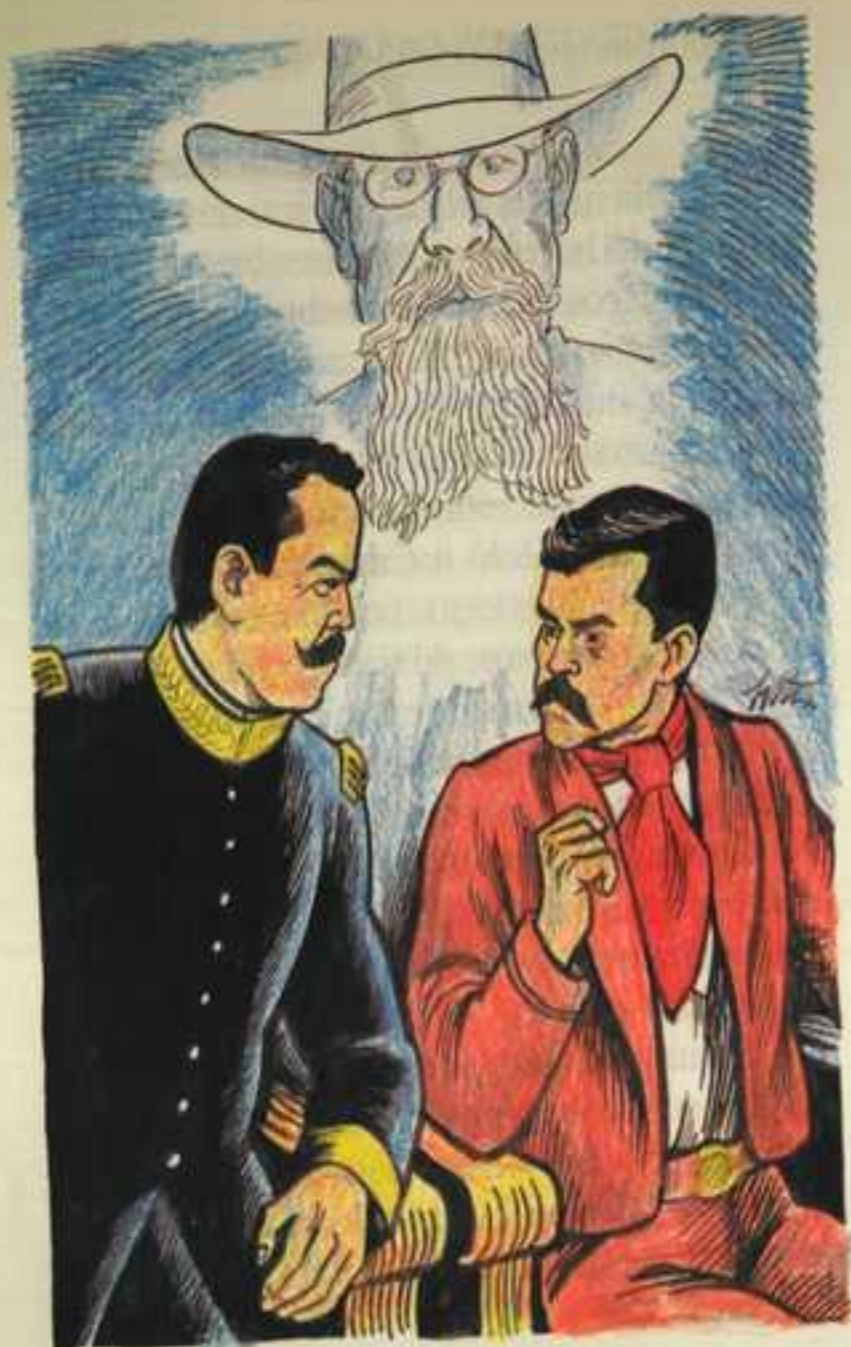
—ROMPIMIENTO CON CARRANZA—

La victoria estaba muy cerca. Villa quería participar activamente en el derrumbe del huertismo. No deseaba estar parado mientras otros avanzaban sobre la capital. Su odio por Huerta era muy grande. No olvidaba que había intentado fusilarlo. Además había ordenado matar a Madero. Quería vengarse y hacer que pagara todo lo que había hecho.

Villa desobedeció a Carranza al participar en la toma de Zacatecas, con lo cual se inició la ruptura entre ambos. Al triunfo sobre Huerta, Villa lanzó un manifiesto desconociendo a Carranza como Primer Jefe de la Revolución.

Otros intentaron conciliarlos pero no lo lograron, ni siquiera la Convención de generales revolucionarios, celebrada en México y en Aguascalientes, que trató de solucionar este problema.

Carranza se trasladó a Veracruz con sus seguidores, mientras que Villa entraba a la capital para conferenciar con Emiliano Zapata. Los dos se entrevistaron en Xochimilco para hablar de una alianza entre sus ejércitos para luchar contra Carranza:



—Siempre tuve la preocupación de que fueran a quedar olvidados, pues yo tenía empeño en que entraran en esta revolución —dijo Villa a Zapata.

—Sí, Carranza siempre nos olvidó —contestó Zapata.

—Es que los carrancistas son hombres que han dormido en almohadas blanditas. ¿Dónde van a ser amigos del pueblo, que toda su vida se la ha pasado en puro sufrimiento? —contestó Villa.

—Al contrario, han estado acostumbrados a ser el azote del pueblo —dijo Zapata.

—Con esos hombres no hubiéramos tenido progreso ni bienestar ni reparto de tierras, sino una tiranía en el país —dijo Villa.

—Por eso yo les advierto a todos los amigos que mucho cuidado, si no les cae el machete —agregó Zapata.

—Yo quisiera que se arreglara todo esto —dijo Villa. Mis ilusiones son que se repartan las tierras de los ricos.

Para el pueblo queremos las tierras —afirmó Zapata.

—¡Vaya, hasta que me vine a encontrar con

los verdaderos hombres del pueblo! —comentó Villa.

—Celebro que me haya encontrado con un hombre que de veras sabe luchar —contestó Zapata, correspondiendo a la alusión de Villa.

—SE APAGA UNA ESTRELLA—

Las batallas de León, Celaya y Trinidad fueron el inicio de la declinación del villismo. Las tropas del general Álvaro Obregón le ocasionaron grandes derrotas a la División del Norte, la cual tuvo que replegarse apresuradamente para reagrupar sus fuerzas. La estrella militar de Villa se había apagado.

Derrotada militarmente la División del Norte, el villismo se debilitó hasta reducirse a pequeños grupos armados que atacaban esporádicamente en algunas regiones del norte del país. La audacia guerrera de Villa no lo abandonó y gracias al conocimiento de la región evitó ser capturado.

Alejado de la escena principal, Villa se enteró del distanciamiento entre Carranza y Obregón

y, posteriormente, de su ruptura. Finalmente, con el apoyo del ejército, Obregón venció a don Venustiano y se convirtió en la máxima figura política del país.

Adolfo de la Huerta, nuevo presidente interino, estableció contactos con Villa para que éste dejara las armas. Luego de una serie de negociaciones Villa aceptó. El gobierno le dio una hacienda para que trabajara con sus hombres.

En esta hacienda, llamada Canutillo, Villa pasó los últimos años de su vida, trabajando la tierra y criando animales. Llevaba una vida tranquila, sin involucrarse en asuntos políticos.

Sin embargo, Villa no podía vivir tranquilo. Sabía que tenía muchos enemigos que deseaban su muerte, la presentía. La mañana del 20 de junio de 1923, junto con su escolta personal, Villa fue de visita a la ciudad de Parral. Ahí lo estaban esperando. En una emboscada encontró la muerte uno de los más grandes caudillos de la Revolución Mexicana. Su ejemplo está vivo en todos los mexicanos. Demostró que no se necesita estudiar una carrera militar para poder ser un gran general, pues la genialidad del pueblo está por encima de cualquier escuela.



Villa encarnó a la revolución misma. Era la figura más popular de los caudillos revolucionarios. Como los demás, quería lo mejor para el país. Quería que México fuera un lugar feliz, como se lo dijo al periodista John Reed, quien durante algún tiempo lo acompañó en sus campañas militares:

—Cuando se establezca la nueva República, no habrá más ejército en México; pondremos a trabajar al ejército. Serán establecidas en toda la República colonias militares, formadas por veteranos de la Revolución.

—¿Cómo será esto, general? —preguntó Reed.

—El gobierno les dará posesión de tierras agrícolas y creará grandes empresas industriales para darles trabajo. Laborarán tres días a la semana, y lo harán duro, porque el trabajo honrado es más importante que pelear, y el trabajo así produce buenos ciudadanos.

—¿Y sin ejército, quién defenderá al país?

—Los veteranos de la Revolución destinarán, por cada tres días trabajados, otros tantos a la instrucción militar, que a su vez transmitirán a todo el pueblo para enseñarlo a pelear. Así, cuando se requiera, el pueblo va a estar preparado.



—¿Y usted, qué va a hacer?

—Mi ambición es vivir en una de esas colonias militares, entre mis compañeros. Creo que desearía que el gobierno estableciera una fábrica de curtir cueros para hacer sillas y frenos para caballos, porque sé cómo hacerlos. El resto del tiempo lo ocuparía trabajando la tierra y criando ganado. Sería magnífico, creo yo, ayudar a hacer de México un lugar feliz —concluyó Villa.



INEHRM

**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA (INEHRM)**

Secretaría de Gobernación

Coordinación:

Juan Rebolledo Gout

Begoña C. Hernández y Lazo

Textos:

Martín López Ávalos

Ilustración:

Alberto Beltrán

Diseño:

Alvaro Vargas

Asesora:

Ruth Solís Vicarte

Teresa Matabuena

Cuidado de la edición:

Silvia Alejandra Peláez Polo

ISBN 968-805-323-6

